Hacia el pluralismo democrático en Paraguay

¿Qué significa pluralismo democrático en un país como el Paraguay, que no conoció nunca a lo largo de su historia —salvo en contados y fugaces atisbos— la vigencia plena de un Estado de derecho como expresión de la vida política en la coexistencia de diversas corrientes de opinión y su posible alternancia en el ejercicio del poder? El pluralismo democrático no representó, pues, para la sociedad paraguaya —pese a su permanente aspiración de lograrlo— una experiencia vivida, sino una esperanza siempre postergada por las vicisitudes de su destino en tanto país independiente como lo fue en su origen; el primero —el único quizá— donde el utópico modelo de la autonomía y libre determinación, del Estado nación basado en la voluntad general, se hizo realidad en el esquema de la emancipación durante la primera mitad del siglo pasado. Esto no volvió a repetirse a lo largo de más de cien años.

Desde 1811 a 1840, un oscuro abogado de Asunción tomó sobre sí esta ciclópea tarea, primero como director civil de la Revolución; luego, como dictador temporal y, finalmente, como dictador perpetuo elegido por un congreso de más de mil diputados, el más numeroso reunido hasta entonces en la América hispana. La denominación de *dictador* no era entonces todavía la nefasta palabra en que muy pronto se convirtió para designar a déspotas y tiranuelos sangrientos y ambiciosos. El intransigente abogado de Asunción, convertido en el famoso Doctor Francia, incluido después por Carlyle en su galería de héroes o por Auguste Comte en su diccionario, fue dictador como lo fue Bolívar, en el sentido de la antigua legislación romana y de los principios de la Ilustración. Asumió tal responsabilidad hasta sus últimas consecuencias como un monje laico, insobornable y todopoderoso, celoso de su doctrina del pacto social encarnada en la hoy abandonada y ya incomprensible estructura política del estado nación. Y como en el Paraguay, país agrario de campesinos pobres, no existía una burguesía en ascenso, sino las castas del patriciado poseedoras de la totalidad de las tierras, de los bienes de producción y de la producción misma, el Doctor Francia, convertido en un jacobino a «outrance», pudo completar, a pesar del bloqueo de los ríos y el aislamiento y encierro a que los girondinos del Plata sometieron al Paraguay, su inconcebible y casi imposible proyecto de sociedad fundada en la soberanía política y en la libre determinación, lo que suponía, naturalmente, una economía de subsistencia y de autoabastecimiento, de acumulación y redistribución de excedentes, de acuerdo con las necesidades de la población, en todos los niveles: bienes de consumo, interdependencia de la producción, educación primaria, formación profesional, defensa nacional, etc. Todo esto lo logró sin disparar un tiro —salvo en la ejecución de ladrones, conspiradores y espías, menos de un centenar en treinta años de su despotismo ilustrado—; lo logró aliando las líneas

maestras de la Revolución Francesa adaptadas a las condiciones y circunstancias locales, con las modalidades prácticas de un socialismo de Estado en el que el concepto del *común* estaba teñido por los usos y costumbres de la sociedad indígena; los mismos que dos siglos antes habían permitido a los jesuitas la construcción del Imperio Jesuítico o República de los Guaraníes en pleno régimen colonial.

El dictador Francia fue aún más astuto o más zahorí que los padres: no abolió la propiedad privada, sino que la repartió equitativamente según el principio que Marx establecería más tarde: a cada uno según su capacidad y sus necesidades. Así nació, en la primera mitad del siglo pasado, el primer experimento de un Estado nación, con soberanía política y libre determinación, impuesto revolucionariamente y sostenido por la naciente burguesía rural de clase baja. Esta situación dio paso, luego de la muerte de Francia en 1840, a la apertura del país y a la instauración de un Estado moderno, entre los más adelantados de su época.

Francia, indudablemente, fue un déspota, pero un déspota justo —si cabe esta palabra—, honesto, sin ambiciones personales (jamás cobró un solo centavo de sus haberes), puesto que todo él, en pensamiento y en acto, se sintió identificado con la patria que él había ayudado a nacer. El oscuro abogado asunceño logró así con puño de hierro y pensamiento visionario lo que los brillantes generales de las guerras de la Independencia, sus émulos y gonfaloneros, no supieron imponer en sus respectivos países con el fragor de sus grandes ejércitos, condenados en el ápice de sus triunfos, como feroz represalia de la contrahistoria, al destierro, al asesinato, al exilio, porque no supieron o no pudieron hacer girar la nebulosa americana hacia la constelación política de una confederación de estados libres e independientes; necesidad que continúa siendo en el balcanizado continente latinoamericano la indefectible e insoslayable prioridad en el proceso en curso de la unión iberoamericana.

Democracia/totalitarismo

A lo largo, pues, de más de cien años —más concretamente a partir de 1870—, arrasado a sangre y fuego por la guerra llamada de la Triple Alianza (Argentina, Brasil, sus oligarquías detentadoras del poder político y económico y el sector agresivo y reaccionario de los militares uruguayos, servidores de estas oligarquías), aniquilada su población, despojado de más de la mitad de su territorio por los vencedores, el Paraguay fue sumido en el aislamiento y el atraso. A su destrucción siguió la agonía de las revueltas y las guerras civiles, la sucesión de caudillejos y tiranuelos. Todo esto sin respiro desde hace ciento catorce años. Situación que se resume y expresa en la actualidad en el régimen de la dictadura fascista que impera hace treinta años bajo la fachada de una «democracia autoritaria» según la nueva categoría establecida por el imperio neocolonial para convalidar y dar curso forzoso, entre las «democracias occidentales», a regímenes adictos de neta inspiración nazifascista.

¿Por qué *democracia autoritaria* y no lo que realmente es: *dictadura totalitaria?* Estas alteraciones y adulteraciones semánticas en la nomenclatura del poder forman parte de las manipulaciones del arsenal ideológico de los imperios. Corresponde al modo de empleo del poder por las satrapías que lo detentan en los respectivos campos de fuerza

de las dos superpotencias que se enfrentan por el dominio hegemónico del mundo en este tristísimo «nuevo orden» surgido del connubio de Yalta. Huevo monstruoso incubado al calor del equilibrio por el terror; o sea, de la seguridad de destrucción mutua *(Mutual assured destruction)* entre los dos bloques imperiales: el de la «democracia pluralista» norteamericana y del «socialismo totalitario» de la Unión Soviética, con sus respectivos sistemas de países satélites que han logrado atrapar en su órbita, al sesgo o directamente, a las potencias de Europa occidental aunque más no sea que por su inclusión forzosa en la carrera armamentista, sobre todo en lo nuclear. Con el despliegue en Europa de sus misiles de alcance medio, lo que han conseguido las dos superpotencias —con neta ventaja para la norteamericana— es trasladar a este continente el primer campo de batalla —el más cercano y vulnerable— en la eventualidad de una guerra nuclear. Los Estados Unidos han conseguido embaucar así a los dirigentes de los países de Europa occidental —los del Este no han tenido más remedio que resignarse al timo forzoso—, al venderles a muy bajo precio el famoso «paraguas nuclear» que no es tal ni se abrirá desde luego para proteger a Europa, sino para desviar el primer chaparrón de ojivas intercontinentales del territorio de los Estados Unidos. Embaucados por este burdo truco —toma la pistola y defiéndete por tí mismo del asaltante, que así no tendrá tiempo de ocuparse de mi casa—, los dirigentes europeos hablan muy sueltos de cuerpo de estos dispositivos de «defensa», de fuerzas disuasivas y otras especies aleatorias igualmente inocuas, irrisoriamente inocuas, frente a la tremenda potencia de fuego nuclear que va a recibir, como aliado y delegado oficioso, mientras el socio mayor de estas malas furias de la vida, puede permitirse parsimoniosamente el lujo de abrir su propio paraguas y disparar sus baterías en este fuego de artificios que celebrará el Apocalipsis.

Las ceremonias previas no son, entretanto, menos edificantes. La democracia pluralista norteamericana tiene, por lo menos —dicen los nuevos filósofos occidentales que predican la necesidad de ganar a toda costa y costo la guerra nuclear—, la ventaja de la alternancia —especie de «ábrete sésamo» de las puertas virtuosas— frente al inmovilismo monolítico del Kremlin, donde los gerontes de turno esperan que se cumpla la costumbre de los plazos mortales. No es dudoso, sin embargo, que bajo la supuesta plasticidad y buena educación de la alternancia en flujo y reflujo sobre la Casa Blanca, lo que actúa como factor de fijación e inmovilismo sean realmente las incontrolables e incontrastables fuerzas del Pentágono y los descomunales intereses económico-financieros de la industria de guerra del imperio, que imponen su ley pragmática a la ley jurídica. Lo cierto, lo notorio, lo inconcebible es que, cuando los más encumbrados expertos analizan y diagnostican la crisis mundial, ninguno de ellos, ni por asomo, menciona la causa de las causas de esta crisis y sus repercusiones en todos los planos: el drenaje incontenible, que se multiplica en progresión geométrica sin límite posible, de los recursos útiles de las superpotencias empeñadas en esta carrera absolutamente insensata e inútil, cuyo costo se constituye así en el vector principal de la crisis, la que, en definitiva, recae sobre las economías dependientes. Es aquí donde las siglas MAD *(Mutual Assured Destruction)* adquieren su verdadero sentido de locura colectiva. La ironía lexical define por azar la ley de una trágica realidad.

La polución del lenguaje

En este vasto delirio patológico de contaminación, adulteración y vaciamiento de nombres, conceptos y definiciones, la realidad política ha infestado el lenguaje. Como el mar que recibe pasivamente los desechos nucleares, como la tierra y la atmósfera que se van envenenando vertiginosa e irremediablemente con la respiración de la era tecnológica al servicio, en su mayor parte, de la destrucción —no sólo del *verde* que defienden con ingenua buena fe los ecologistas, sino también y por sobre todo de la existencia de la humanidad, de la totalidad existencial y ontológica del ser humano— el lenguaje se ha convertido en vaciadero de las supercherías más cínicas que registra la historia cultural y política de la civilización.

No hay más que mirar el comportamiento depredador de las superpotencias y ver de qué manera los medios de información que le son dependientes se empeñan hasta la exasperación en ocultarlos —si no en legitimarlos—, en oleadas de desinformación que en contados segundos cubren la faz del planeta. Tal vez los métodos de la democracia «pluralista» norteamericana (léase CIA, Pentágono, Departamento de Estado, agencias multinacionales de noticias) y los del socialismo totalitario de la Unión Soviética (léase agencia Tass, portavoces del Gobierno, del partido único y de las fuerzas armadas, KGB, etc.) no sean meros calcos unos de otros. Los objetivos son los mismos, aunque inversos. Resulta escalofriante comparar (en los hechos y en las noticias) lo que sucede en el área del Caribe y de América Central —las zonas álgidas del momento—, lo que acaece en los «protectorados» de Chile, Uruguay, Paraguay), la reciente «intervención» (eufemismo insidioso que sugiere operación de quirófano) en Granada, y las que se ciernen sobre Cuba, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, con las réplicas simétricas en Afganistán, en Polonia, todas ellas en la buena tradición de las «intervenciones» soviéticas. Tal para cual. No son menos tipificadoras las «alianzas» y las «ayudas» de uno y otro poder imperial, los abscesos de fijación que ambos sostienen en sus respectivos campos de influencia o de dominio para ganar o reforzar sus ventajas en el contexto de la «guerra fría» (otro eufemismo semántico que sólo adquiere sentido frente a la otra guerra: la «caliente» por un millón de soles radiactivos, la definitiva). La guerra fría, por otra parte, no cesó un solo día a partir del término de la segunda guerra mundial, entre los «aliados» de la víspera: esos que sentaron a sus grandes leones en los sillones de Yalta para echarse su partida de póker sobre el nuevo orden mundial.

De lo grande a lo pequeño

Si en este complicado rompecabezas en el que cada patrón tiene su propio código que se niega a ser extrapolado o traducido al lenguaje del otro, resulta muy difícil analizar o describir procesos en curso de región a región, de país a país, más difícil aún es describir o analizar proyectos que no se han llevado todavía a la práctica. Esto en cuanto a los grandes segmentos del mundo posados en los platos de la balanza. No hablemos ya de los países pequeños situados en lo que se ha dado en llamar zonas periféricas (periféricas en relación con las potencias centrales de las cuales dependen).

Países y sociedades muy perturbadas por la perversión de la historia bajo el signo de la dominación y de la dependencia. Países como borrados o caídos del mapa.

A esta clase de países corresponde el Paraguay. Hemos visto cómo la guerra de la Triple Alianza, instigada y financiada por el Imperio británico, lo devastó y lo condenó a ser el furgón de cola entre los países de América del Sur, luego de haber sido hasta 1865 el más próspero y adelantado, el más fuerte también como potencia militar. La guerra de cinco años que aniquiló el Paraguay fue la primera gran contienda internacional en América Latina. Ella ilustró con bastante nitidez sobre los procedimientos que las potencias coloniales utilizan para allanar la expansión de su poder. Molesto por aquel increíble experimento precursor de soberanía política y libre determinación, el Imperio británico decidió convertirlo en víctima propiciatoria para la buena marcha del librecambio en el Río de la Plata, y lo logró lanzando a dicha infortunada guerra a los dos grandes países limítrofes por mediación de la oligarquía portuaria de Buenos Aires y los centros de poder económico-financiero del Imperio brasileño, dependientes de Gran Bretaña.

Al Paraguay no le quedó desde entonces más que una catástrofe de recuerdos de su grandeza pasada que sopla a la cara de los sobrevivientes ráfagas de pesadilla en esa especie de irrealidad en que se ha coagulado su historia. La fecha de la destrucción de este país coincide —hecho sintomático— con la crisis y liquidación del liberalismo político —una suerte de girondinismo oligárquico— que desemboca en el pacto neocolonial bajo la insignia de la «independencia protegida» y que va a ser copado por el imperialismo norteamericano durante la segunda guerra mundial.

De este modo, la sociedad paraguaya, a la deriva de los acontecimientos y sometida a la sucesión de guerras civiles, a la anarquía de su reorganización política y administrativa, al flagelo de los gobiernos de fuerza —civiles o militares— no vivió sino limitados paréntesis de paz pública que dieron, pese a todo, notables figuras de vocación y acción civilista. Ellos marcaron la pauta de que la vieja aspiración del pueblo paraguayo a la convivencia pacífica en un estado de derecho estaba viva, puesto que se encarnaba de tanto en tanto esos en hombres excepcionales.

De 1932 a 1935, una nueva guerra internacional fraguada esta vez por los intereses de la competencia petrolera entre grandes empresas norteamericanas y británicas sobre el detonante de un antiguo litigio de fronteras y títulos mal demarcados (¡siempre las erupciones de la balcanización!) entre Bolivia y Paraguay, arrastró a estos pueblos hermanos, igualmente pobres e infortunados, a desangrarse en los campos de batalla sobre un vasto desierto que era para ambos pueblos parte de *la patria,* pero que, en definitiva, sólo pertenecía, de hecho, a las potencias comedoras de pueblos. Paraguay y Bolivia dejaron doscientos mil muertos sobre esta inmensa llanura polvorienta, donde según León Pinelo, el famoso teólogo de Chuquisaca, estuvo situado el Edén. Ironías de pequeñas fábulas escatológicas y místicas en medio del sufrimiento real de los hombres. Afortunadamente, el árbol del Bien y del Mal del primer jardín, la manzana del pecado y la serpiente de bífida lengua no aparecieron en la mesa de conferencias de la paz del Chaco, porque acaso hubieran desencadenado una nueva guerra de religión o de exégesis de títulos y fronteras bíblicas.

Algo tuvo de bueno, entre tantos males, aquella feroz guerra fratricida: el pueblo

combatiente descubrió por enésima o milava vez que la pretendida diferencia entre civiles y militares profesionales no existe a la hora de la verdad cuando se trata de poner el cuerpo a las balas; que tal diferencia y privilegio sólo funcionan a favor de los militares cuando éstos se apoderan del poder, se transforman en «hombres fuertes» y convierten el país en un gran regimiento o en un campo de concentración. Los métodos de represión y exterminación se tornan entonces más fáciles con la ventaja de su impunidad.

Otro acontecimiento memorable produjo aquella guerra de patriotismo activo, pero inútil: un gran movimiento nacional de excombatientes, es decir, del pueblo en armas, como la nebulosa de un partido político en formación de neto corte socialista y popular, que se incorporaba con la dinámica de un hecho histórico y natural a la escena política paraguaya, teatro exclusivo de los dos viejos partidos tradicionales que se quisieron desde el origen, liberal y democrático el uno, nacionalista y populista el otro, y que trataron también desde su origen de tomar como feudo propio la vapuleada realidad paraguaya. La democracia era para ellos —lo sigue siendo— el monopolio del poder por el más fuerte en armas, en fraudes, en golpes de cuartel o de estado; la alternancia sólo era posible por estas vías violentas del atraco de cuartel, de las revueltas y las guerras civiles. Formados en la terrible matriz de la posguerra, coetáneos de aquella época sombría, entre escombros, y bajo la ocupación militar de los vencedores, ambos partidos pagaban, cada uno a su modo, su derecho a existir como expresión de la voluntad cívica de un pueblo destrozado, pero no muerto.

El movimiento nacional surgido de la guerra del Chaco como reencuentro y voluntad de unión de las capas sociales más sufridas del país: campesinos, profesionales de la pequeña burguesía de las ciudades, etc., era una alternativa nueva e inédita. El movimiento revolucionario febrerista —llamado así por su emergencia y toma del poder el 17 de febrero de 1936— acabó con la larga dominación liberal. Pero, por desgracia, el primer impulso de revolución socialista como hecho en cierto modo espontaneísta de sus masas, fue rápidamente copado por ideólogos reaccionarios de clara inspiración fascista, que frustraron su inserción en el panorama de la política nacional, por lo menos en su primera fase, como la respuesta moderna y coherente y de inspiración genuinamente nacional a las necesidades del país y de un gran sector de la ciudadanía más joven, que no encontraba ya en las vías de los dos partidos tradicionales (Partido Liberal, Partido Republicano o Colorado) la posibilidad de expresión de sus aspiraciones. El Partido Revolucionario Febrerista fue derrocado por los liberales, y no tuvo más remedio que replegarse en un proceso de depuración de las toxinas que le habían inoculado y de decantarse en el duro ejercicio de la oposición desde el llano; es decir, volver a recomenzar desde el principio, quemando etapas y poniéndose a tono con las responsabilidades emergentes del orden nacional en el contexto de las cambiantes correlaciones de fuerza en el orden internacional y mundial.

Lo escuetamente apuntado proponía los elementos y los respectivos campos de energía social que podrían haber dado comienzo por lo menos a un esbozo del pluralismo democrático en Paraguay: tres partidos políticos, incluso el desarticulado partido comunista enfrentado en feroces facciones rivales: prosoviétiva, prochina y otros grupúsculos facciosos; un partido de extrema izquierda que aun en sus

momentos de auge y cohesión estuvo proscrito y debió actuar permanentemente en la clandestinidad. Había, pues, tres y hasta cuatro partidos, pero el pluralismo democrático no se daba como posibilidad real y menos aún la alternancia, o por lo menos las opciones o alternativas de segundo grado. La polución del lenguaje político es, por todo lo que se acaba de decir, particularmente grave en Paraguaya. Palabras como *democracia, libertad, igualdad, derechos humanos y del ciudadano, pluralismo, alternancia, derecha e izquierda* carecen de sentido y, por tanto, de ejecución práctica. Confusión que, por otra parte, se halla bastante difundida y no es sólo prerrogativa del atraso cultural y político en Paraguay.

Al derrocar al Partido Revolucionario Febrerista y para legitimar su golpe de estado con la figura de más prestigio nacional e internacional, el partido Liberal puso en la presidencia al mariscal Estigarribia, vencedor virtual de la guerra del Chaco. No duró mucho tiempo en el poder. En 1940, en un accidente aéreo cuyas causas nunca fueron aclaradas —lo que supone con fundadas razones la ejecución de un complot por parte de ciertos militares de tendencia fascista que rondaban el poder— el mariscal y su esposa perdieron la vida. El presidente fue reemplazado de curiosa manera: la junta de militares que se reunió para afrontar la situación decidió elegir el sustituto a cara o ceca. Una moneda de un guaraní fue arrojada al aire y la cara del azar cayó en suerte a Higinio Morínigo, un corpulento generalote que hasta entonces había pasado inadvertido en los corredores palaciegos. Montado sobre esa moneda de la suerte y, por supuesto, en las bayonetas, Higinio Morínigo, que hubiera hecho la gloria de una opereta bufa, se convirtió en el primer dictador de turno pronazi cuando la guerra contra Hitler estaba llegando a su fin.

En 1946, a raíz de un descontento interno en las estructuras del poder militar, Morínigo perdió su moneda-amuleto y estuvo a punto de ser reemplazado, a su vez. Para ganar tiempo, entornó la puerta del palacio de los López hacia una supuesta «democratización» del país y formó un gabinete de coalición con representantes del Partido Colorado y del Partido Revolucionario Febrerista. Esta crisis creó un intervalo de seis meses de inusitada libertad política con el pueblo en masa en las calles de Asunción; algo de lo que no se tenía memoria en cien años. Esto hizo pronunciar a un historiador colorado —demócrata por entonces— su famosa frase de que por primera vez en el Paraguay «un dictador había caído preso de un gabinete democrático». La situación de incomodidad del dictador duró menos que la frase del historiador, mal profeta como todo historiador.

Otro intelectual colorado, más astuto y aprovechado que el dictador en rehenes, armó bandas de choque civiles y paramilitares (precursoras de los famosos Escuadrones de la Muerte), que atracaron con patente de corso a diestro y siniestro, en una especie de «blitz-krieg» calcada de los buenos modelos de Himmler y de Goebbels —ya muertos por entonces—. No tuvieron necesidad de incendiar el palacio del gobierno ni el parlamento. No funcionaban. En seis meses, el sociólogo y fabulista colorado devolvió al dictador su poder intacto; se convirtió en ministro de Hacienda, en futuro presidente y en uno de los más grandes ladrones públicos, como si todas estas funciones fueran necesarias y compatibles, las únicas eficaces como espolón de proa en este tipo de crisis.

Hay luego el interregno de un maelstrom, absolutamente imposible de describir en detalle, del que surge, armado con el yelmo de Mambrino, Alfredo Stroessner, un general de raza; quiero decir, un general que se jacta de ser de raza aria y de poseer una visión del mundo totalitaria; vale decir, una concepción nazi del mundo inspirada en el modelo hitleriano (no importa o tal vez es peor que lo sea a escala de la pequeña nación a la que tiraniza, puesto que ello torna más concentrados aún sus efectos); lo que se refleja en sus métodos de gobierno, en la organización de las estructuras del poder omnímodo de que dispone, en su infinito desprecio por la sociedad que tiene sometida bajo la férula de su aparato represivo. Alfredo Stroessner, hijo de inmigrantes teutones, nacido en una típica colonia alemana del sur del Paraguay, foco en su tiempo de actividades proselitistas durante el auge del nazismo, luego de la derrota de éste convirtió al Paraguay en tierra de asilo y refugio clandestino de sus jerarcas en fuga. No es casual que el famoso doctor Mengele, el siniestro experimentador en cobayos humanos en los campos de exterminio del nazismo, sea, o haya sido, su médico personal. No se trata, como se ve, de simples afinidades electivas, en el sentido goethiano de la palabra.

Alfredo Stroessner, mediocre oficial artillero en la guerra del Chaco, como el cabo de triste memoria en sus orígenes, se reveló como excelente «político» cuando la conjunción de circunstancias le brindó a su vez la oportunidad, merced a sus dotes de paciencia y tenacidad teutonas aliadas a su espíritu de sistema y ambición de poder, de surgir como el gobernante providencial, el hombre mesiánico del Paraguay. Heredero del andamiaje dictatorial que, tras la muerte del mariscal del Chaco, iba a institucionalizar el poder militar unipersonal en este país, Stroessner lo perfeccionó y lo puso a punto para sostener el peso —y el costo— de este mesianismo providencialista. Hace treinta años que se entronizó en él, imperando tras la fachada de la «democracia autoritaria» bajo el dogma de la Seguridad del Estado, fórmulas —como se sabe— inventadas por el Pentágono y el Departamento de Estado como póliza y caución de los regímenes que le son adictos en las zonas neurálgicas de América Latina, del mismo modo que les proveyó del objetivo de una guerra santa: la cruzada contra el comunismo.

El fallido artillero del Chaco embocó sus cañones ideológicos contra el país, lo transformó en un país sitiado desde dentro, declaró guerra interna a la ciudadanía opositora y empezó a gobernar con la ley de estado de sitio permanente. Esta ley de país sitiado, que acumuló en sus manos poderes de excepción extraordinarios y convirtió su voluntad personal o sus caprichos en instancia suprema, se renueva automáticamente cada tres meses y es interrumpida por veinticuatro horas en ocasión de las solemnes ceremonias de reasunción del mando (siete hasta el presente), como un puente levadizo entre la ciudadela del poder y el país real pero invisible, es decir fantasmalizado.

De este modo, a los treinta años de la «era stroessneriana», hay que sumar los catorce cruciales del maelstrom inaugurado por el dictador Morínigo en 1941, lo que totaliza cuarenta y cuatro años de poder dictatorial: dieciocho más que el régimen dictatorial del Doctor Francia —de quien, para escarnio de su memoria y de sus obras como fundador de la República y defensor de su soberanía e integridad territorial, el

entreguista Stroessner se declara sucesor, al mismo tiempo que arquitecto de la Segunda Reconstrucción—; diez años más que la dinastía de los Somoza, al último de los cuales brindó asilo y honores, y cuatro años más que la dictadura de Francisco Franco, de quien el presidente del estado de sitio se reclama, en los discursos del Día de la Raza, con cierta sorna un poco irreverante, émulo y discípulo.

Reducidas sin embargo a las tres décadas exclusivas de su duración, las cuentas de la «era stroessneriana» son, por sí mismas, suficientemente abultadas e impresionantes:

Represión interna: a) más de doscientas mil personas de ambos sexos, inclusive ancianos y menores de edad, pasaron por las cárceles y prisiones del Paraguay a lo largo de estos treinta años; b) no menos de treinta mil desaparecidos en secuestros, muertos en tortura y asesinatos vandálicos, sobre todo de campesinos empeñados en la defensa de sus tierras y de sus organizaciones agrarias; c) un millón quinientos mil expatriados por expulsión, exilio forzoso o migración cultural y económica; aproximadamente, un millón de estos expatriados radican en Argentina, el resto esparcido en diversos países. Estas referencias estadísticas, desde luego sólo aproximativas, dan un índice de un exiliado por cada tres paraguayos residentes en el país. Esto naturalmente sin contar la descendencia de los exiliados, nacida ya en tierra extraña pero ligada aún por lazos culturales, emocionales y materiales a la tierra de origen de los padres. Lo que en cierto modo triplicaría este trasfondo espectral que no registran las estadísticas del régimen.

En lo internacional: a) endeudamiento del país por préstamos de la banca extranjera, en especial del BID y del Fondo Monetario Internacional; b) contratos bilaterales lesivos para la soberanía y economía nacionales (ejemplos: construcción de la represa hidroeléctrica de Itaipú; contrato bilateral para la represa hidroeléctrica de Yasyretá suscrito con la administración del gobierno militar argentino y ahora en curso de revisión por el gobierno constitucional surgido del voto mayoritario de la nación. Los ejemplos de las centrales hidroeléctricas sirven a sólo título indicativo del sistema de negociados y peculados que constituye uno de los resortes de la política económica del régimen); c) entrega indiscriminada de las fuentes de riquezas nacionales, de bienes y medios de producción, a las corporaciones multinacionales a cambio de comisiones y regalías reservadas que se atribuyen los jerarcas del régimen, sus empresas y testaferros; d) el contrabando en todos los rubos del comercio y tráfico ilícitos, promovido a la sombra y con la caución del régimen en detrimento del capital nacional, de la mediana y pequeña industria, sofocadas por crecientes impuestos y las dificultades cambiarias y aduaneras que han acabado por anular para ellos los negocios de importación y exportación; e) incapacidad total del régimen para instaurar una política de desarrollo en las distintas actividades de producción, limitándose a la acumulación o exportación de capitales y al libre flujo de transferencias de beneficios a favor de las empresas extranjeras.

Este somero recuento no es más que un esquema estimativo de las manipulaciones de un sistema económico arcaico y anárquico que refleja fielmente el mecanismo prebendario del régimen basado en la corrupción, el soborno y los privilegios y prerrogativas del aparato estatal constituido en fideicomisario de bienes de difuntos; es decir, en comisario de los bienes sustraídos al erario público en favor de los nuevos

ricos, de esa extraña oligarquía de traficantes abyectos que circulan en torno al poder como potentados, pero al mismo tiempo como empleados y servidores; en todo caso, como aprovechados, cínicos y prósperos comanditarios de esta edad media feudal en la que el país entero parece enclavado a perpetuidad.

La recta curvada

Estas remisiones o referencias a una realidad concreta no pasarían de ser, en apariencia al menos, mera efusión panfletaria si no se describen tan siquiera a grandes rasgos la estructura y el funcionamiento del poder dictatorial unipersonal que no es, desde luego, obra de la casualidad. Stroessner no arrojó una moneda al aire para congraciarse a los hados de Macbeth, Hitler o Franco. Ya la tenía en la mano como un don natural. No hizo sino apretar el puño. El resto lo logró su inflexible y por momentos encarnizada testarudez teutona, su ambición de poder, su maniático aunque sistemático empeño de regular como un relojero la máquina de poder con los desechos que heredó de una época turbulenta en los catorce años que le precedieron como el prólogo de una película de horror.

Tras la recuperación del poder por el dictador Morínigo con la colaboración del Partido Colorado, lanzado a la brecha por su ministro de hacienda y figura prominente de este partido, Natalicio González, que organizó las brigadas de los *guiones-rojos* y decidió su brutal irrupción en la escena pública, al modo de las tropas de asalto de Hitler o los *squadristi* de Mussolini, estalló la rebelión militar y civil en la guarnición de Concepción, una ciudad al norte del país. El Partido Colorado —comprometido ya plenamente con la dictadura de Morínigo y la parte del ejército que le había permanecido leal— armó sus milicias *pynandí* (pies-desnudos) y tomó parte principal en aquella guerra civil que duró seis meses y produjo diez mil muertos con la derrota de los revolucionarios del norte, cuando éstos estaban a punto de copar la capital en una arriesgada y tácticamente impecable operación de flanqueo fluvial. La desembozada ayuda de Juan Domingo Perón, presidente por entonces de Argentina, que envió a Morínigo varias lanchas cañoneras y repuestos y motores de aviación para la fuerza aérea, cuyos oficiales, luego de averiar las máquinas disponibles, se pasaron casi en su totalidad a la insurrección, decidió la derrota de los insurrectos y la hizo particularmente sangrienta, como un preanuncio de lo que luego iba a ocurrir.

Stroessner, cuando tomó el poder, aprovechó esta situación de alianza, sellada con sangre, entre las fuerzas armadas y el Partido Colorado y la utilizó inteligentemente como eje de un proceso de estabilización en el que él mismo actuaba como organizador y como árbitro: la politización, o mejor dicho la «coloradización», de las fuerzas armadas y la transformación del Partido Colorado no sólo como fuerza política en el poder sino también y, sobre todo, como fuerza civil militarizada, encargada del control represivo de la sociedad civil. Stroessner hizo del Partido Colorado una especie de superpolicía de acción directa. Su eficacia está asegurada por el fervor partidario duplicado en la euforia de «sentirse poder» y por las granjerías prebendarias que tales funciones representan para las organizaciones partidarias, desde las delegaciones de gobierno —responsables directas ante el Ejecutivo— hasta las secciones

coloradas, una suerte de células de control, no sólo de la masa partidaria hasta los últimos escalones de base sino también, y principalmente, de la sociedad civil en su conjunto y de los sectores de oposición en particular.

Esta fue la original innovación de Stroessner que fortaleció su poder unipersonal y lo tornó en cierta manera en poder colectivo, o por lo menos una emanación del poder militar que también se había «coloradizado», comenzando por Stroessner hasta el último suboficial de las fuerzas armadas, desde el momento que no se podía ni se puede ingresar en ellas —como no se puede acceder al más ínfimo empleo público, así sea el de barrendero o sepulturero— sin la previa papeleta de afiliación al partido, carnet que representa entonces la marca de privilegio —en el malo y buen sentido del término— y constituye las verdaderas señas de identidad de un paraguayo stroeesneriano de hoy.

El hecho de que las fuerzas armadas institucionalmente coloradizadas —que juntamente con el partido y las fuerzas policiales constituyen los tres pilares del régimen— no tuvieron que ser empleadas, salvo en raras ocasiones, como en el aplastamiento de las guerrillas o de las ligas agrarias, popularizó la imagen de un ejército profesional y prescindente, florón del régimen en paradas y desfiles militares, que no se había manchado las manos en el trabajo sucio de la represión, las torturas, los asesinatos y las desapariciones.

Esta piedra angular, clave de arco —o como se quiera llamar— del régimen permitió también a Stroessner —artillero al fin— construir el parapeto de su fachada institucional para cumplir con las exigencias de sus poderdantes imperiales: exhibir la imagen de marca de una «democracia autoritaria» en una operación de blanqueo de su origen totalitario.

Stroessner cubrió con creces estas exigencias. Se adelantó a ellas, en cierto modo, puesto que no era un *Papá Doc* vulgar y silvestre de la raza inferior de los negros o mulatos. El es un dictador constitucional, un patriarca pausado y profético, de raza aria, al que en los plazos prescritos por la Constitución, el millón de correligionarios colorados y los votos de las sectas colaboracionistas con el corazón, y las miradas puestas en el mismo patrón imperial, le eligen con la casi total unanimidad de los votantes que concurren a las urnas. Una ceremonia ya ritual como la ley del estado de sitio.

Constitución propia, parlamento y poder judicial completamente subordinados al arbitrio del dictador, las bambalinas de la democracia stroessneriana funcionan a satisfacción de propios y extraños. La ilusión no es perfecta, pero ello mismo aumenta el efecto de credibilidad y de perfectibilidad. Cosa que las molestas y siempre inoportunas instituciones defensoras de los derechos humanos nacionales e internacionales, así como los partidos de la oposición forzados al inmovilismo pero no al silencio cómplice no han logrado desbaratar del todo. Acaso porque la dictadura stroessneriana —la más vieja del continente— ha caído en olvido como en la inmersión de una pesadilla arcaica, con el último dictador unipersonal que la institución del poder militar —colegiado en juntas y como partido único— ha dejado sobrevivir como un vestigio ya caduco, fuera de lugar y de tiempo, en su ghetto privado, en un rincón de América. El hecho mismo de que las poderosas juntas vayan desapareciendo

aplastadas por el peso de sus propios errores y horrores parece testimoniar oblicuamente sobre la inmunidad e impunidad, sobre la empeñosa longevidad de este régimen que se quiere perpetuo.

Se atribuye Stroessner la frase: «Yo he logrado curvar la recta y hacer que la curva sea recta.» Si el dicho no le pertenece —el dictador paraguayo-teutón carece del más mínimo sentido del humor—, la proeza es de alguna manera cierta: él ha conseguido, al parecer, enderezar la curva del horizonte histórico para ocultarse en él como detrás de un espejismo. El drama paraguayo que inició la gran diáspora de esta época, el exilio exterior de millones de personas y el exilio interior de la población sobreviviente, ha sido aparentemente olvidado. No es noticia, y si lo es no concierne más que a los paraguayos exiliados dentro y fuera del país. Esta injusta situación parece que tiende a desaparecer.

El régimen da indicios de nerviosidad. Sus contradicciones se han agudizado al máximo generando nuevas arbitrariedades y desmanes. Es sintomático que la actual escalada represiva coincida con la crisis generalizada de los gobiernos de fuerza en el área regional (Brasil, Chile, Uruguay), con el desmoronamiento del poder militar en Bolivia y Argentina y con la restauración de la democracia y del estado de derecho en este último país, acontecimiento señero en la vida cívica de América Latina, en general, y toque de alarma para el poder militar institucionalizado y hasta hace poco aparentemente monolítico en el Cono Sur. Este doblar de campanas suena agorero para el dictador paraguayo. Su poder omnímodo se está resquebrajando pese a la drogadicción de un millón de prosélitos. Ya no se siente seguro en su bastión democrático-totalitario. La Constitución, reducida a la ley de estado de sitio y a las leyes núm. 294 (Ley de Defensa de la Democracia) y núm. 209 (Ley de Defensa de la Paz Pública y de la Libertad de las Personas), que acumulan y aseguran en sus manos un poder interno casi absoluto, se están resquebrajando a pesar de sus pomposos nombres (la polución del lenguaje ha infectado también la nefasta realidad de la dictadura), y amenazan dejarlo a la intemperie, o al menos volverlo a mostrar tal cual es a contraluz de la reactivación genuinamente democrática que está aconteciendo en América Latina.

El miedo del poder

Las causas del actual recrudecimiento represivo son, pues, de naturaleza psicológica y moral. En Paraguay existe mucho atraso, mucha miseria moral. Pero sobre todo hay miedo. Un miedo colectivo, difuso, cerval. El miedo que el régimen ha logrado imponer como el medio más eficaz —junto con la corrupción y la degradación de la dignidad humana— de amilanamiento y dominación. Ahora bien, por un fenómeno de reversión natural, el miedo se ha contagiado al poder. Esto lo vuelve doblemente peligroso: descubrirse que él también es vulnerable; sentirse que él también está sometido a las leyes de la decadencia y de la extinción.

Pese a todo, la ciudadanía democrática paraguaya, tanto la que está agrupada en las asociaciones políticas opositoras más representativas como los sectores independientes, manifiesta en forma cada vez más resuelta su voluntad de trabajar pacífica-

mente en favor de la convivencia nacional que haga viable la transición al pluralismo democrático en el marco de un estado de derecho como expresión jurídica de una sociedad libre, independiente y soberana.

Una prueba de esta voluntad es la existencia de una coalición de partidos democráticos nucleados en el acuerdo nacional como una entidad unificadora y orientadora de una primera etapa —el del pasaje o transición— al proceso de transformación y cambio que anhela el país.

Pese a las enormes dificultades existentes en el orden interno, este proyecto de una sociedad democrática pluralista es factible. La concepción pluralista e integradora y, por tanto, humanista y social del proyecto de transformación y cambio comporta básicamente una ideología de libertad y democracia, entendidas ambas como asunción plena por el individuo de sus derechos, pero también de sus responsabilidades ante la sociedad. Su fuerza de vocación y de convocación radica en que, cualesquiera que sean las líneas que la práctica de esta ideología pluralista e integradora desarrolle en la acción, conjunta, ella excluye y condena expresamente, desde el principio, las vías del terrorismo en todas sus formas, de la lucha armada, de las conspiraciones y golpes palaciegos o de cuartel. Estos métodos serían la negación de la convivencia democrática a que se aspira, así como del orden jurídico que debe ser su fundamento. El pueblo paraguayo tiene cubierta en exceso su cuota de sangre, de sufrimientos irrestañables en estas luchas fratricidas. No teme al riesgo pero rechaza la captura del poder como aventura impulsada por la ambición de grupos o personas, como la que dio origen a esta época sombría de su historia.

El proceso de transición tiene fe en el valor de triunfo de sus convicciones pacifistas frente a la barbarie institucionalizada del régimen. El lenguaje y la acción del acuerdo nacional paraguayo han demostrado que está contra la violencia y la provocación y a favor de un lenguaje claro y sin equívocos, de una acción firme y flexible a la vez, frente al régimen, pero sin concesiones ni contraprestaciones, y sin compromisos de ninguna especie con ideologías totalitarias de izquierda o de derecha; ideologías sobrepasadas por las necesidades de convivencia y una nueva concepción de la libertad, entendida y practicada como una ética de la responsabilidad social del individuo: la libertad como ética de la resistencia del individuo y la sociedad en lucha permanente contra todo lo que los degrada y destruye.

AUGUSTO ROA BASTOS
2, rue Van Gogh
31100 TOULOUSE
(Francia)